



LE RAPACE / CAZA SIN CUARTEL

EDUARDO RANEDO

Segunda película de Giovanni tras *La ley del superviviente* (1967) y con la que consolida su salto a la dirección. Una apuesta a la que sin duda ayudó el apoyo recibido de colegas de profesión como Claude Sautet o Bertrand Tavernier, rendidos desde el principio al talento mostrado tras la cámara. El guion es del propio Giovanni, para el que parte de una novela del escocés John Carrick titulada “*The Vulture*” (1964).

Caza sin cuartel (1968) es una película áspera, de bajo presupuesto y con las complicaciones típicas de un rodaje en el extranjero –México, en este caso– que termina siendo algo más trascendente de lo que a priori pudiera parecer. Estamos ante una especie de western camuflado de película política y de aventuras sostenida por una sólida interpretación de Lino Venura, aquí en la piel de un sicario –el Rapaz del título original– al que una mezcla de civiles y militares encomiendan el asesinato del presidente del país. Lejos de su perfil habitual en tantos papeles, hombre recto con valores y convicciones firmes con independencia del lado de la ley en el que le tocara militar, en *Caza sin cuartel* Ventura interpreta a un tipo hosco, resabiado y cínico, visionario en lo tocante a la futilidad de los ideales políticos, sin más inte-

La revolución y el antihéroe que la quiso tan poco



STUDIOCANAL

rés que la supervivencia y la recompensa económica que su desempeño profesional pueda reportarle. Queda claro todo ello en una primera mitad del metraje que es casi un drama psicológico, con los personajes encerrados en una pequeña habitación a la espera de la acción. Giovanni profundiza también en la

personalidad de Chico, interpretado por Xavier Marc, compañero de Ventura en el magnicidio y un joven impulsivo e idealista con cierto pedigrí familiar que le hace merecedor, o eso piensa él, de una elevada posición y trato. La película es precisa mostrando el vaivén de Chico, ora cerca del Rapaz, ora en sus antípo-

das por el maltrato al que éste le somete y un discurso despiadado que tumba cualquier atisbo de romanticismo revolucionario.

Caza sin cuartel detona en una segunda parte de pura acción en la que el personaje de Ventura enseña por primera y única vez su faceta más empática, paradójicamente frente a

un tipo de persona que aparentemente desprecia: esa que se acerca al poder por sistema e independientemente de quien lo ocupe. La amante del presidente y cebo inconsciente de la trampa tendida al objetivo de la conspiración, encarnada por la actriz mexicana Rosa Furman, será la única que logre sacar algún gesto piadoso del mercenario, resumido en un duelo de miradas a mayor gloria de su inventor, Sergio Leone.

Acertada en la definición de los personajes y en el ritmo de las escenas de acción, la película trasciende por su desencanto y pesimismo, impropios del momento en que se rodó y estrenó, apenas unas semanas antes del Mayo francés. Entonces la gente creía en la revolución, no así El Rapaz. Giovanni, vía Ventura, anticipa –y acierta doblemente, en la película y en el mundo real– toda la desazón que golpearía a quienes alguna vez creyeron en utopías y trata con desprecio y sarcasmo lo absurdo que resulta morir por un ideal político. Todo lo resume –tal y como apunta Felipe Cabrerizo en el libro “José Giovanni. No hay vida plena sin piedad”– colocando la lectura de “*Los tres mosqueteros*” por encima de las obras de Lenin. Hasta ahí hila fino Giovanni, de quien no conviene dejar pasar ni una sola frase sin atender a posibles segundas intenciones.

HO! / ¡HO!

Fast and Loose

PABLO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Adaptación de la novela homónima de José Giovanni, *Ho!* (1968) es la crónica de venganza de François Hollin –apodado Ho–, un gánster vulgar y narcisista, antiguo piloto automovilístico reconvertido en chofer de una banda de gánsteres parisinos, quien, tras ser encarcelado por un robo, logra escapar de la prisión La Sante en una hazaña que atrae la atención de los medios, provocando que desde entonces se vea a sí mismo como una estrella del crimen organizado. En palabras de Adrián Esbilla en “Cine Bis 11”, “lo más interesante de la misma son los motivos del protagonista, la adrenalina y la fama. A través del crimen, logra aquello que nunca consiguió con el automovilismo (...) A partir de la icono-imagen de Belmondo, el film contribuye a diluir las fronteras persona-personaje y ayuda a sentar la tipología autoconsciente que el actor estaba adquiriendo durante los 60 y que solidificaría en la década siguiente”.

El film fue realizado por el gran e inclasificable Robert Enrico, casi siempre maltratado por la crítica francesa, injusta y meramente des-

pachado como un cineasta comercial al servicio del lucimiento de sus estrellas (Alain Delon, Bourvil, Noiret, Shimkus). Su filmografía, adscrita a los géneros populares de aventuras, acción, comedia y drama histórico, revela un cine de la masculinidad que exalta la fraternidad viril y el poder de la amistad por encima de cualquier obstáculo. Fascinado por personajes oscuros atrapados por la propia imagen que ostentan de sí mismos, Enrico fue un técnico autoconsciente, meticuloso en su puesta en escena, incluso temperamental en el set de rodaje. En su labor heterogénea, ecléctica, surgen rasgos y obsesiones recurrentes que nos hacen reconsiderar la importancia de sus trabajos bajo nuevos prismas. Su relación con José Giovanni había brindado grandes logros como *Los rufianes* (1965) y *Los aventureros* (1966). Sin embargo, el rodaje resultó controvertido, ya que Enrico dirigió el film a su manera, chocando con los intereses de Giovanni y Belmondo. Ambos quedaron decepcionados ante el montaje final, y a partir de entonces Giovanni decidió tomar él mismo las riendas de sus proyectos como director.



TF1 DROITS AUDIOVISUELS - MEGA FILMS

Crónica de un seductor megalómano en busca de reconocimiento, en *¡Ho!* Enrico parece cuestionar mucho más a este personaje intoxicado por sueños de redención y grandeza y fascinado patéticamente por la vacuidad de la gloria mediática. Según Antoine Royer, “el arquetipo del personaje principal en la obra de Enrico es el tipo de buen corazón que, cuando se enfrenta a una experiencia traumática, una humillación diaria o los fantasmas del pasado, se rinde a la violencia o a la autodestrucción. Por tanto, suelen ser personajes complejos pero en-

trañables, aún más humanos por su torpeza o errores, pero que luchan por salir de una espiral viciosa que inevitablemente los lleva al fondo”.

Pese al fracaso comercial y la tibieza con que fue recibido, el resultado es sumamente entrañable en su imperfección, por mor de su peculiar tono oscilante entre la seriedad de los propósitos de Enrico y el retrato, mucho más logrado y jocoso de un héroe moderno, atrevido y reservado a la vez, anticipo de muchos papeles futuros del camaleón Belmondo, todoterreno con capacidad para amoldarse tanto a

diferentes registros genéricos cuanto a cineastas variados (Godard, Melville, Malle). La afición de Belmondo a los filmes de acción repletos de alardes físicos y desafiante insolencia derivaría en caricatura durante los años setenta; véanse al respecto *El furor de la codicia* (1971), *El magnífico* (1973) o *El incorregible* (1975). Sin embargo, en *¡Ho!* Belmondo interpreta muy bien y con irresistible encanto a un personaje que, en sus impulsos exhibicionistas, como en la escena frente al espejo, parece un anticipo del Robert De Niro de *Taxi Driver* (1976).